

# Mark R. Harrington y el problema de las fuentes primarias en los estudios de reconstrucción etnohistórica en Cuba

Ulises M. GONZÁLEZ HERRERA.  
Instituto Cubano de Antropología (Cuba).

*El peso muerto de generaciones desaparecidas de historiadores, amanuenses y cronistas, ha determinado sin posibilidad de apelación, nuestra idea del pasado.*

Edwar Hallet Carr, 1969.

## Resumen

El trabajo analiza las consecuencias que ha traído para la Arqueología de Cuba el empleo de fuentes primarias sin un imprescindible análisis crítico de las mismas, así como los problemas vinculados con los esquemas de periodización, que se originaron a partir de la propuesta cultural del arqueólogo estadounidense Mark R. Harrington. A modo de conclusiones se presentan consideraciones sobre el panorama étnico descrito por los exploradores y cronistas hispanos para Cuba, durante los siglos XV y XVI d.n.e.

**Palabras clave:** Cronistas, culturas, aborígenes, arqueología.

## Abstract

This work studies the consequences brought to the archaeology of Cuba by the use of primary sources without a necessary critical analysis of the same, as well as the problems associated with the period schemes arising from the cultural proposal of the North American archaeologist Mark R. Harrington. As a sort of conclusion, we submit considerations on the ethnic panorama described by the Hispanic explorers and chroniclers for Cuba, during the XV and XVI centuries of our era.

**Key words:** Chroniclers, cultures, aborigines, archaeology.

## Introducción

Las crónicas generales de Indias constituyen una valiosa fuente de información para conocer una estimable parte de la realidad social sobre las comunidades aborígenes del área antillana de finales del siglo XV e inicios del XVI d.n.e. Sin embargo, las escasas crónicas referidas a la isla de Cuba y conocidas hasta la fecha, fueron escritas —en ocasiones— fuera del escenario antillano; y suelen ser imprecisas y contradictorias.

Este artículo tiene como objetivo fundamental analizar las consecuencias que ha traído para la Arqueología de Cuba, el empleo de fuentes primarias sin un impres-

cindible análisis crítico de las mismas. También se exponen problemas vinculados con los esquemas de periodización que parten de la temprana propuesta cultural del arqueólogo estadounidense Mark R. Harrington; y se presentan consideraciones sobre el panorama étnico en nuestro archipiélago, descrito por los exploradores y cronistas hispanos durante los siglos mencionados con anterioridad.

He seleccionado como centro de análisis, la obra *Cuba antes de Colón*, de Mark Raymond Harrington; ya que contiene en síntesis los elementos interpretativos que, de manera general, heredaron los estudios arqueológicos en nuestro país. El texto en cuestión, puede ser considerado

como un intento de organizar nuestro pasado aborígen; tomando como referente el registro arqueológico, las crónicas generales de Indias y la etnografía comparada. En el modo en que el autor integra estas fuentes de estudio para arribar a sus conclusiones preliminares, se destaca su desempeño indagatorio; entre otros esfuerzos por conocer nuestro pasado aborígen.

Hoy, a más de ochenta años de haberse publicado el volumen, numerosos investigadores continúan sosteniendo algunos de los supuestos planteados en su obra; lo cual ha afectado negativamente los intentos de diseñar un esquema de periodización coherente con los resultados de las recientes investigaciones de reconstrucción social en el área antillana.

Las conclusiones parciales de la obra trascienden el plano descriptivo, para intentar dar una explicación lógica al origen, distribución y características “culturales” de las comunidades aborígenes que habitaron nuestro archipiélago en los momentos de la colonización hispana. El esquema de desarrollo propuesto, en su contexto histórico, cambió las concepciones que se sostenían en Cuba sobre las sociedades aborígenes, y planteó nuevos retos a la investigación social. Es importante destacar aquí, que la nomenclatura empleada por Harrington está fundamentada con base en criterios culturales de muy dudosa elucidación. Estas denominaciones entrañan la interpretación del registro arqueológico en supuesta correspondencia con las fuentes primarias consultadas por el autor.

### **Harrington y el cotejo de las crónicas generales de Indias**

El capítulo XX de la obra de Harrington —“Identificación de dos culturas”— está dedicado a exponer los resultados de sus exploraciones y excavaciones en Cuba. En breves páginas reduce el autor la complejidad social reflejada en las fuentes primarias a dos simples *culturas*, que son caracterizadas esencialmente desde el registro arqueológico, sin un análisis exhaustivo de lo expuesto

por los Cronistas de Indias; en ocasiones, únicos testigos presenciales de nuestro pasado aborígen.

La “cultura” ciboney-guanahatabey.

La “cultura” más temprana es catalogada por Harrington de “primitiva”, dado que sus vestigios siempre se descubren “debajo de todos los otros depósitos humanos” (Harrington 1935:6) y el ajuar asociado está compuesto por artefactos de lítica y concha, siendo muy escasos y sencillos los adornos corporales. Los restos humanos asociados no evidencian prácticas de deformación craneal artificial. Estas comunidades estuvieron diseminadas por toda nuestra isla, habitando en áreas despejadas y cuevas; fueron clasificadas por el autor bajo la denominación de ciboney-guanahatabey<sup>1</sup>.

### *Fundamentos de las valoraciones de Harrington para su clasificación cultural*

Harrington se basa exclusivamente en dos textos de Bartolomé De Las Casas —*Historia de Las Indias y Memorial Sobre Remedios de Indias*— y en uno de Diego Velázquez —*Carta de relación de 1514*—. La información que recogen estas fuentes, en esencia, es la siguiente: Los habitantes “naturales” de la isla de Cuba se denominaban ciboneyes. Estos tenían similitud con los lucayos<sup>2</sup> y habitaban las cayerías al norte y sur de nuestro archipiélago. La orientación económica de estas comunidades se centraba en actividades pesqueras, sin empleo de cultivos. El arribo posterior de inmigrantes provenientes de Haití, trajo como consecuencia que dichos ciboneyes se sometieran a determinadas relaciones de subordinación socio-económica, con los pobladores —o parte de ellos— de la vecina isla (Las Casas 1971:55-56).

En la carta de relación de 1514, dirigida por Velázquez a la corona hispana, se refiere la siguiente información: en el extremo occidental de Cuba habitaban los guanahatabeyes o guanahatabibes, con una economía basada exclu-

sivamente en la caza y la pesca. Estos aborígenes vivían en cuevas, “a manera de salvajes”, pues no disponían de casas, ni asentamientos, ni poblados, y se mantenían fuera del contacto con los demás representantes socioculturales de la isla (Velázquez 1971:71).

El documento citado también refiere la búsqueda de tres sobrevivientes hispanos, que habían naufragado en la región suroccidental de la isla. Finalmente se rescataron dos mujeres y un hombre, este último se llamaba García Mexía, y había sido localizado por los marinos enviados por Velásquez, en la aldea de *Guanyma* (región de La Habana).

Es notorio que, aun conociendo Harrington lo consignado por Las Casas en cuanto a la similitud planteada entre ciboneyes y lucayos, persista en hacer corresponder a estos grupos con las evidencias arqueológicas más antiguas halladas en los contextos arqueológicos. Esta arbitraria<sup>3</sup> asociación no guarda relación con la realidad histórico-social reflejada en las fuentes primarias, ya que los aborígenes de Las Bahamas poseían un nivel de desarrollo socioeconómico similar al del resto de las poblaciones que habitaban las Antillas Mayores. El estudio de las crónicas nos permite inferir además, que el tipo físico de los lucayos se correspondía, de manera general, con el de gran parte de los habitantes de Puerto Rico, Haití, Jamaica y Cuba.

El testimonio de Colón (1958:31), primer colonizador que tuvo contacto con los pobladores que habitaban Las Bahamas, nos refiere: “y todos de buena estatura, gente muy hermosa: los cabellos no crespos, salvo corredizos y gruesos, como sedas de caballo, y todos de la frente y cabeza muy ancha más que otra generación que fasta aquí haya visto”.

Es necesario destacar que el señalamiento del Almirante sobre frentes y cabezas más anchas que otras observadas por él con anterioridad, está relacionado con la práctica cultural de la deformación fronto-occipital-tabular-oblicua; propia de los aborígenes del arco antillano en tiempos de la colonización hispana. Sin embargo, a pesar

de las similitudes expuestas, Harrington define la ausencia de deformación craneal como una de las características de la cultura ciboney.

En cuanto a la información suministrada por Velázquez, debo señalar que la carta de relación citada contiene valiosos datos etnográficos; los cuales, al parecer, no fueron tomados en cuenta por Harrington, y que no deben de ser pasados por alto en los estudios de reconstrucción social. García Mexía, uno de los sobrevivientes del naufragio, narró que al zozobrar la nave pudieron llegar a *Guaniguanico* (región occidental de la isla), adquiriendo alimentos de un cacique, y transitando posteriormente a través de varias poblaciones, hasta llegar a la aldea de los caciques Yaguacayex y Habaguanex, donde se convirtieron en prisioneros de estos; situación en la que se encontraban dichos hispanos, al arribar los hombres enviados por el Teniente Gobernador (Velázquez 1971:72).

De los datos suministrados en la carta de relación podemos deducir lo siguiente: los exploradores enviados por Velázquez no se percataron de diferencias físicas e idiomáticas, en los aborígenes que avistaron en la región occidental de la isla. Las referencias que hacen de estos pobladores son muy vagas, y pueden corresponderse con grupos tribales de pescadores, dedicados exclusivamente a la explotación de recursos marinos; por lo que el supuesto modo de vida apropiador adjudicado a estos hombres, no se demuestra en los reportes que entregan los marineros a Velázquez. Además de ello, no se menciona la presencia de mujeres ni niños, lo cual puede fundamentar el criterio de haber sido grupos dedicados a determinadas labores subsistenciales, que se encontraban a cierta distancia del verdadero enclave comunitario. Esto pudiera explicar la inusitada ausencia de viviendas, descrita en la crónica.

Los habitantes de los sitios visitados por Mexía, desde Guaniguanico a La Habana, pudiesen corresponderse con grupos de organización tribal; ya que en el documento se menciona la presencia de un cacique en Guaniguanico y de dos pueblos visitados por el hispano en la mis-

ma región. Es muy significativo que en esta última fuente no se hayan señalado diferencias culturales en relación a los aborígenes contactados.

He analizado brevemente las fuentes narrativas primarias que fueron empleadas por Harrington, con el objetivo de demostrar que la ambigüedad de las mismas no permite un adecuado empleo en la caracterización de la supuesta “cultura ciboney”. La asociación planteada entre un supuesto etnónimo —dado a conocer a través de documentos del siglo XVI n.e.— y el registro arqueológico —exponente de contextos donde se evidencia una marcada precariedad económica y vinculable a una formación social de gran antigüedad en el área—, no justifica fundamentadamente los criterios emitidos por el autor. Esta concepción ha conllevado a erróneos supuestos de que los denominados ciboneyes poseían una organización social primigenia, caracterizada por un bajo nivel de desarrollo de sus fuerzas productivas.

Es importante señalar que no debemos pasar por alto la referencia de Las Casas a la existencia de un grupo cultural independiente denominado guanahatabey; aspecto no tomado en consideración por Harrington al incluir a estos representantes dentro de la misma “cultura” ciboney. El autor señala que los guanahatabibes poseían una lengua diferente a la (s) del resto de los aborígenes de nuestra isla (Harrington 1935:8), sin embargo, ninguna de las fuentes consultadas hace referencia a este tópico; por lo que nunca llegaremos a conocer cuál era la lengua utilizada por estos habitantes, a pesar de que la toponimia de la región occidental de nuestro archipiélago apunta hacia un origen aruaco (Bernal 2003).

Otra conclusión a la que arriba Harrington (1935:290) está vinculada con la supuesta evidencia registrada en las fuentes primarias, acerca de la supervivencia de comunidades aborígenes con un modelo de desarrollo económico apropiador (ciboneyes, según el autor) en Haití, a comienzos del siglo XVI. Al respecto expuso en su obra: “existen pruebas históricas de un pueblo que habitaba en las cuevas, poseyendo una similar sencilla cultura, en la

provincia de Guacayarina, extremo occidental de la isla de Haití”.

Las pruebas históricas a las que hace alusión Harrington, omitiendo las fuentes en que se basa, forman parte de los datos registrados por Gonzalo Fernández de Oviedo en su *Historia General*, y de Anglería en las *Décadas del Nuevo Mundo*. Es muy señalado el hecho de que aun conociendo Harrington la obra de Las Casas, *Historia de las Indias*, pase por alto la aguda crítica que realizó el fraile a los criterios expuestos por Oviedo, cuando este último se refiere a las características de los aborígenes de la región de Guacayarina. En resumen, el clérigo niega rotundamente las aseveraciones de este cronista, al exponer lo siguiente:

“Dice también Oviedo que los indios de aquella provincia de Hanyguanaba, que guerreó Diego Velázquez, eran salvajes y vivían en cuevas; mal supo lo que dijo, porque no vivían sino en pueblos y tenían sus señores que los regían, (...).La Guacayarina, que dice ser otra distinta provincia (lo que no es), porque tiene la punta della, junto a la mar, ciertas entradas o peñas, que llaman Xagueyes los indios, como en la provincia del Higuey, que los había tan grandes que podían vivir en ellos muchos vecinos, pero no vivían sino en sus grandes pueblos; allí se escondían cuando la calamidad de los españoles los perseguía, y porque huyendo dellos algunos allí escondidos hallarían, quien a Oviedo se lo dijo (si no lo puso, quizá, de su casa, como suele, añadiendo a su historia, como dije, ripio), por aquello lo diría” (Las Casas 1995:241).

El testimonio de Las Casas, figura de gran experiencia en la colonización antillana desde épocas tempranas —a diferencia de Oviedo y Anglería—, permite cuestionarnos seriamente las supuestas pruebas expuestas por Harrington; al menos en lo referente a la existencia de poblaciones aborígenes en Haití, a comienzos del siglo XVI, con un modelo de desarrollo económico a semejante escala de precariedad.

Por último, debo destacar que las fuentes primarias nos revelan un mosaico étnico de vasta complejidad en el área antillana, siendo señalados para Cuba —al menos— tres grupos étnicos: ciboneyes, guanahatabeyes e “indios” provenientes de Haití (Las Casas 1995). No parece tomar en cuenta el autor las referencias del resto de los cronistas, que denotan que bajo la denominación de “indios” se encontraban varios grupos de posibles diferencias culturales, y de que una buena parte de estos se traslada hacia nuestro archipiélago, antes y después de iniciado el proceso de conquista en la vecina isla.

### La “cultura taína” de Cuba

La “cultura” más tardía es catalogada por Harrington como de *avanzada*, descubriéndose siempre sus vestigios sobre evidencias más antiguas. El ajuar descrito consistía esencialmente en artefactos líticos, de concha, hueso, cerámica y algunas evidencias de trabajos en madera —cualitativamente superiores en elaboración a los hallados en sitios ciboneyes—. Es característica de estos contextos la aparición de hachas petaloides pulimentadas y amplia profusión de adornos corporales. Los restos humanos asociados presentan invariablemente evidencias de deformación craneal artificial. Los asentamientos se localizan fundamentalmente en la región oriental de la isla. Esta “cultura” fue denominada “taína”.

Aquí, como en el caso anterior, hace gala Harrington de un criterio reduccionista, al interpretar los contextos arqueológicos bajo una denominación de dudosa interpretación. Según el autor, las fuentes primarias en las que se basó para emplear esta clasificación son: *Las Décadas del Nuevo Mundo* de Anglería y la *Historia de las Indias*, de Las Casas. Además de estas fuentes cita el empleo del término taíno<sup>4</sup>, con connotación cultural, basándose en trabajos arqueológicos anteriores de Fewkes, Joyce, y La Torre (1935:10). Analizaré de inmediato los supuestos indicadores en que sustenta el autor sus valoraciones.

El texto de Anglería (1989:123) donde se registra el adjetivo de *taynos*, se localiza en el libro segundo de sus *Décadas* y expone: “salióles al encuentro un hombre de arrugada frente y altiva mirada, acompañado por cien individuos, todos ellos armados con arcos”, flechas y “lanzas muy agudas, y en actitud amenazadora, gritando que eran *taynos*, es decir nobles y no caníbales”.

El fragmento citado se corresponde con el primer contacto que sostiene Colón con algunos pobladores de Haití, al regresar a esta isla en su segundo viaje de exploración. Sin lugar a dudas, el vocablo *taynos* fue empleado por los aborígenes en actitud defensiva, haciendo referencia a la calidad de sus personas; en un intento por dejar claro la no pertenencia del grupo con individuos de filiación caribe. Es importante señalar que el término no se corresponde con una autodefinición étnica, y que Anglería nunca lo expuso con esta connotación en su obra. A ello debemos sumar el hecho de que el cronista nunca pisó tierras americanas, y de que no señala la fuente consultada para redactar el pasaje mencionado.

Es importante destacar que existe otra referencia al término en cuestión, señalada por Diego Álvarez Chanca y que no fue analizada por Harrington en su obra, a pesar de ser esta fuente mucho más fidedigna; ya que Chanca fue partícipe del segundo viaje exploratorio comandado por Colón. La información que nos brinda el médico de a bordo es muy similar a la suministrada por Anglería, aunque no coincide en el espacio geográfico, ya que se refiere a la isla de Guadalupe (Antillas Menores).

Chanca (1977:66) consignó lo siguiente: “Este día primero que allí descendimos andaban por la playa junto con el agua muchos hombres é mugeres mirando la flota, é maravillándose de cosa tan nueva, é llegándose alguna barca á tierra á hablar con ellos, diciéndolos *tayno*, *tayno*, que quiere decir bueno”.

Aquí, como en la narración de Anglería, encontramos que el término es utilizado con el mismo propósito, y se refiere a la calidad por la que se autodefinen los aborígenes, “cautivos” de los caribes, que encuentran los hispanos

al desembarcar en Guadalupe. Estas son las únicas referencias que existen en las crónicas en relación al vocablo taíno; su existencia como etnónimo no está registrada por ninguno de los cronistas de Indias, y su empleo en este sentido se corresponde con interpretaciones contemporáneas realizadas por diversos autores.

Harrington (1935:10) sintetiza una vez más el gran mosaico cultural descrito por los cronistas para el área antillana, con el simple denominador de taínos; al respecto nos dice: “Habiendo concedido el nombre de taíno a la cultura predominante de Haití, lo consideramos aplicable a la avanzada cultura por nosotros encontrada en la parte oriental de Cuba, pues los artefactos dejados por ambas son prácticamente idénticos”.

Es decir, que Harrington entiende que la “cultura predominante” de Haití debe de ser denominada taína, a partir de los datos consignados por Anglería en sus *Décadas*. Esta “cultura”, según el registro arqueológico y la información que brinda Las Casas en su obra *Historia de Las Indias*<sup>5</sup>, se corresponde con la hallada en la parte oriental de la isla de Cuba.

Evidentemente la interpretación expuesta por Harrington en su obra no se corresponde con un adecuado análisis de las fuentes primarias, las cuales fueron escasamente empleadas en función de la reconstrucción etnohistórica. De más de diez fuentes narrativas primarias publicadas en 1922, solo fueron utilizadas por el autor dos; lo que conspiró negativamente en las conclusiones de su trabajo investigativo, ya que el estudio de los documentos no contempló un imprescindible contraste entre diferentes textos.

Desafortunadamente en la obra no se toman en cuenta, con un procedimiento rigurosamente comparativo, los datos etnográficos referidos a las poblaciones de macorijes, ciguayos, lucayos, o simplemente “indios”; comunidades que aunque evidenciaban niveles de desarrollo socioeconómico similares, poseían determinadas diferencias étnicas en el ámbito antillano. Esta diversidad étnica no es tomada en cuenta por Harrington en su análisis de componentes culturales, omitiendo incluso la observa-

ción de Colón, expuesta en su diario de navegación del primer viaje; cuando, al referirse a las diferencias constatadas entre Cuba y Haití, apuntó: “yo he hablado en superlativo grado la gente y la tierra de la Juana, a que ellos llaman Cuba; más hay tanta diferencia de ellos y de ella a ésta en todo como el día a la noche” (Colón 1958:109).

Debo añadir que no poseía Harrington suficiente fundamento empírico, para aseverar que la “cultura predominante” de Haití era precisamente la representada por algunos grupos aborígenes que se autodefinían como taínos, o sea “buenos” o “nobles”. Estos aguerridos pobladores que se enfrentan a los colonizadores con arcos y lanzas en mano, no exponen el comportamiento usual de la gran mayoría de los habitantes de Haití; al menos en los primeros tiempos de exploración. Esta manera de conducirse era característica de comunidades de extracción caribe, o de ciguayos del noreste de la vecina isla.

El esquema de periodización propuesto por Harrington fue asumido por la Arqueología antillana, aunque con la adición posterior de un nuevo grupo cultural denominado *subtaínos*; tras los trabajos arqueológicos de Irving Rouse en 1942. Hasta la fecha, se han propuesto en Cuba numerosas periodizaciones, que aunque superaron las nomenclaturas culturales de dudosa comprobación científica, y se fundamentaron sobre análisis de aspectos económicos, continúan presentando incoherencias debido a problemas de orden teórico. La adopción de una posición teórica, sustentada en el materialismo histórico, coadyuvó definitivamente en el estudio e interpretación de la realidad social en cuestión; sin embargo, las nociones esenciales que emanan de las teorías interpretativas de Harrington subyacen aún en nuestro quehacer investigativo.

Como resultado de lo anteriormente apuntado, actualmente es aceptada por una gran parte de los investigadores, la permanencia en el siglo XVI n. e. de sociedades pretribales, (denominadas ciboneyes por Harrington), con modelos de desarrollo económico basados en la apropiación, y con un precario nivel de desarrollo de sus

fuerzas productivas. Estas comunidades, según estos supuestos, compartían el espacio geográfico de nuestro archipiélago; subordinadas por relaciones de tipo económico con la “etnia Taina”.

*Tainos, Ciboneyes y Guanahatabeyes en el mosaico étnico aborigen de Cuba*

A modo de resumen, puedo decir que no conocemos con certeza cuáles grupos étnicos provenientes de Haití habían arribado a nuestro archipiélago a finales del siglo XV n.e. Al parecer, el brutal proceso de colonización hispana trajo aparejada una diáspora de habitantes desde la vecina isla en toda el área antillana; sobre todo a partir de comienzos del siglo XVI. Las Casas registra en sus textos diferentes etnónimos para Cuba, e incluso señala diferencias socioeconómicas entre los aborígenes de nuestro archipiélago; datos que debemos tener en cuenta al analizar la posible composición cultural del movimiento migratorio.

Si bien el análisis del registro arqueológico realizado por Harrington constituye un indudable aporte a los intentos de reconstrucción social, no fue adecuadamente combinado con el estudio de las fuentes narrativas primarias; lo cual afectó las conclusiones a las que arriba en su obra. El esquema de desarrollo propuesto por el autor, nos brinda una imagen muy alejada de los datos etnográficos contenidos en las crónicas generales de Indias.

Es importante señalar, además, que los contextos arqueológicos que presentan evidencias coincidentes con las señaladas por Harrington como características de la “cultura” ciboney, no coinciden cronológicamente con la exploración y colonización hispana; al menos hasta el momento. La evidencia más tardía de estas sociedades en nuestro país, está documentada por cronología absoluta y se corresponde con el sitio Mogote de la Cueva, provincia de Pinar del Río. La datación convencional obtenida fue la siguiente: 1300 d.n.e,  $650 \pm 200$  AP (SI-424. Smithsonian, EUA) (Pino 1993:6).

Al parecer, las sociedades aborígenes apropiadoras no se encontraban habitando el archipiélago cubano ni las islas aledañas en los momentos de la colonización europea. Los datos etnográficos que podemos extraer de las fuentes primarias y del registro arqueológico, no nos ofrecen pruebas que indiquen la presencia de formaciones sociales diferentes a las encontradas en el resto de las Antillas Mayores, a finales del siglo XV y comienzos del XVI n.e.

Si bien es cierto que en algún momento histórico el archipiélago estuvo poblado por dos formaciones sociales bien diferenciadas, parece ser que las más antiguas, con el decursar de los siglos, fueron mezclándose biológica y culturalmente con los representantes agroalfareros tribales provenientes de Haití. En el registro arqueológico existen evidencias de complejos procesos de transculturación que así lo documentan. Quizás esta sea una de las respuestas al hecho de que, en la mayoría de los datos aportados por las crónicas, los aborígenes solo son denominados como “indios flecheros”, “caribes”, ó simplemente “indios”, desapareciendo ante la vista de los hispanos las particularidades étnicas de las diversas regiones geográficas del área antillana.

Los criterios expuestos en este artículo<sup>6</sup> no son conclusivos, solo los futuros trabajos arqueológicos podrán descifrar los problemas que presenta el complejo estudio de las comunidades apropiadoras pretribales en nuestro archipiélago. La publicación de nuevas dataciones por cronología absoluta, podrían cambiar las ideas expuestas con relación a la permanencia de éstas en el periodo abordado. Sin embargo, sí sostengo el criterio de que los denominados Guanahatabeyes y Ciboneyes eran representantes tribales, que antecedieron las inmigraciones aruacas de finales del siglo XV n. e. Sirvan estos apuntes para abrir nuevas aristas de análisis en la reconstrucción de nuestra historia más antigua.

## Notas

1. Los aborígenes, denominados como *ciboneyes* en el es-

quema de Harrington, han recibido con posterioridad en nuestro país, otras denominaciones: guanahatabeyes, auanabeyes, ciboney (aspecto Guayabo Blanco, y Cayo Redondo), preagroalfareros, arcaicos, complejo I y II, comunidades con tradiciones mesolíticas, pescadores-recolectores-cazadores y formación social de apropiadores pretribales.

2. Las fuentes citadas no precisan con claridad los aspectos que describen la similitud entre ciboneyes y lucayos. Las Casas, en su obra *Historia de las Indias*, registró los siguientes apuntes, al referirse a los pobladores de Cuba: “Las gentes que primero la poblaron eran las mismas que tenían las islas de los Yucayos pobladas, gentes simplísimas, pacíficas, benignas, desnudas, sin cuidado de hacer mal a nadie” (Las Casas 1995:514).
3. Este problema de interpretación llevó a Harrington a redactar la siguiente nota aclaratoria en su texto:

“La afirmación de Las Casas de que los ciboneyes eran iguales a los lucayos, o pobladores de las Bahamas, ha sido el único punto difícil de explicar al desenvolver nuestra hipótesis de que el nombre Ciboney pertenece realmente a la raza primitiva de Cuba y no a ninguna raza taina; pues muchos de los objetos conocidos procedentes de aquellas islas son claramente taínos, y la deducción es que sus habitantes eran taínos. (...) futuras investigaciones demostrarán que los primitivos habitantes de aquellas islas fueran un pueblo rudo y atrasado cual los primitivos indios de Cuba, (...). Aquellos indios pudieron estar todavía en mayoría al tiempo del descubrimiento y sin duda fueron ellos con quienes Las Casas comparó a los ciboneyes de Cuba” (Harrington 1935:6-7).

4. Antonio Bachiller y Morales fue el primer autor cubano en darle cierta connotación étnica al término *taíno*, al exponer en su obra *Cuba Primitiva* lo siguiente: “debía buscar por el mediodía la procedencia de los indios del tipo caribe de raza pacífica ó noble; como ellos mismos se apellidaban: los tainos.”

“Cuarenta y un años después de escritas mis presunciones y conjeturas, negadas por los contemporáneos, en 1882 he leído en la apreciable obra del sabio alemán Peschel (*The Races of Man*, 1876) la siguiente confirmación: Las pequeñas y las grandes Antillas como Las Bahamas, fueron habitadas antes de 1492 por una raza en extremo pacífica, que Von Martins ha llamado Taini” (Bachiller 1883:115-116).

5. “Después pasaron desta isla Española alguna gente, mayormente después que los españoles comenzaron a fatigar y a oprimir los vecinos naturales desta, y llegados en aquella, o por grado o por fuerza en ella habitaron, y sojuzgaron por ventura los naturales della, que como dije arriba, llamábanse ciboneyes, la penúltima luenga, y según entonces creímos, no había cincuenta años que los desta hobiesen pasado a aquella isla” (Las Casas 1995:514).
6. Los criterios expuestos en este artículo forman parte del capítulo III de mi tesis para optar por el título de Máster en Antropología, trabajo aún inédito, y que lleva por título: *Las crónicas generales de Indias. Sus limitaciones en la reconstrucción etnohistórica de las sociedades aborígenes de Cuba*.

### Referencias citadas

- BACHILLER Y MORALES, A. (1883), *Cuba primitiva. Origen, lenguas, tradiciones e Historia*. 2da ed. Librería de Miguel de Villa, La Habana.
- COLÓN, C. (1958), *Los cuatro viajes del Almirante y su Testamento*. 3ra ed. Espasa Calpe-Argentina, S. A.
- FERNÁNDEZ DE OVIEDO, G. (1851), *Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano*. Tomo I. Imprenta de la Real Academia de la Historia, Madrid.
- HALLET CARR, E. (1969), *¿Qué es la Historia? Conferencias “George Macaulay Trevelyan”, dictadas en la Universidad de Cambridge en enero-marzo de 1961*. Editorial de Ciencias Sociales. Instituto Cubano del Libro, La Habana.

- HARRINGTON, M. R. (1935), *Cuba antes de Colón*. Tomo II. 2da ed. Cultural, S. A., La Habana.
- LAS CASAS, B. (1971), *Memorial sobre remedios de las Indias. Documentos para la Historia de Cuba*. Tomo I. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.
- LAS CASAS, B. (1995), *Historia de las Indias*. Tomo II. 2da ed. Fondo de Cultura Económica, México.
- MÁRTIR DE ANGLERÍA, P. (1989), *Décadas del Nuevo Mundo*. Tomo I. Sociedad Dominicana de bibliófilos INC. Editora Corripio. Santo Domingo.
- PINO, M. (1995), *Actualización de fechados radiocarbónicos de Cuba hasta diciembre de 1993*. Editorial Academia, La Habana.
- PORTUONDO, F. (1977), *El segundo viaje de descubrimiento*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.
- VALDÉS BERNAL, S. (2003), “Visión lingüística del Caribe insular precolombino”. *Catauro. Revista Cubana de Antropología*, Año 5/No.8: 159-177. Fundación Fernando Ortiz. La Habana.
- VELÁZQUEZ, D. (1971[1514]), “Relación o extracto de una carta que escribió Diego Velázquez, Teniente de Gobernador de la Isla Fernandina (Cuba). A.S.A. sobre el gobierno de ella. Año de 1514”. *Documentos para la Historia de Cuba*. Tomo I. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.

Recibido: 29 de enero de 2010.

Aprobado: 18 de mayo de 2010.